

## V

Prosíguen las excusas del carretero.—Dice que tiene muy mal genio, y que al blasfemar no sabe lo que se dice...

**P**UES bien, señor Marqués: yo no quisiera nunca hablar así, pero ¡si tengo tan mal genio!

—No es menester que me lo jures, que ya te lo había yo conocido. Sí; muy mal genio debes de tener, porque te aseguro que para blasfemar como tú lo hacías á cada triquitraque y por un quítame allá esas pajas, hace falta un genio de todos los demonios...

Pero, ¿crees tú qué es excusa la de tener tú mal genio para poder lanzar contra todo lo más santo de la tierra y del cielo esas horribles frases que irritan la ira del Señor, que escandalizan á todo el que las oye? ¿Es ese modo racional de habértelas con tu genio?

No, hombre, no; si tienes mal genio, véncete y domínate, que no lo tienes para que él te ciegue y te arrastre por dondequiera como potro desbocado, sino para que tú lo domes á él, lo que es propio, no sólo de cristianos, pero de hombres racionales. ¿Por qué ha de pagar

Dios los desahogos de tu mal genio? ¿Qué culpa tiene Él?

Por lo demás, eso del mal genio, en vez de disminuir agrava tu pecado. Figúrate que] porque tienes mal genio, das una puñalada ó le pegas un tiro á boca de jarro al primer ciudadano que te encuentres por la calle, sin que él te haya provocado, ni te haya mirado á la cara. ¿No mereces que te ahorquen? ¿Ó tendrías valor para decirle al juez que te mandara al palo: «Señor juez, no me condene Ud.; es verdad que cometí el asesinato, pero ¡si tengo tan mal genio!...» Pues ¡aviados estábamos si cada cual pudiera hacer lo que le diera la gana, y luego se excusase con el genio!...

—Tiene Ud. muchísima razón; pero es el caso que cuando me amontono, sea por lo que sea, me pongo tan fuera de mí y tan furioso, que ya ni sé lo que me digo...

—Pues pedazo de... hombre de bien, ahí está tú pecado, en no saber lo que te dices. Claro que si lo supieras, es decir, que si supieras todo lo bárbaro, lo perverso, lo endemoniado del lenguaje blasfemo, no lo emplearías, porque sólo los demonios blasfeman tan adrede y á cosa hecha. Pero ya que te excusas diciendo que no sabes lo que te dices, vamos á cuentas. ¿Te parece

bonito ser hombre y no burro, y hablar, y vomitar imprecaciones infernales, y echar espu-marajos por la boca, y no saber lo que te dices? Pues ¿para qué te dió Dios el entendimiento y la razón, y los ojos, sino para que te distinguieras de los irracionales, y cuando hablaras supieras lo que decías? ¿Qué diferencia, pues, hay entre tí cuando no sabes lo que dices, aunque sí dices lo que sabes, y el loro que habla ó cotorrea sin saber lo que dice, ó el jumento que rebuzna y no sabe lo que rebuzna, ó el león furioso que ruge y hace temblar los árboles de las selvas, y no sabe lo que ruge?

Es decir, que tú mismo, pobre y desgraciado blasfemo, tú vienes á confesar que, cuando hablas así, pierdes el juicio, reniegas de tu ser racional, y te conviertes en una fiera de los campos, que ni sabes lo que te dices, ni lo que haces, y qué, si los animales privados de razón hablasen, hablarían como tú.

Digo mal, no hablarían como tú, ¡oh hombre que blasfemas!, porque jamás se rebelarían de ese modo contra su Criador. Para ser blasfemo, es decir, para convertir contra Dios la lengua que Él nos dió para que le alabáramos, y el corazón que Él nos dió para que le amáramos, preciso es ser peor que los irracio-

nales; hay que unir lo irracional de la fiera con la ingratitud y rebeldía del demonio.

Dispénsame si te hablo tan claro, querido Andrés... No te hablo á ti solo, hablo á todos los blasfemos del mundo. No digas nunca, pues, que al blasfemar no sabes lo que te dices. Lo sabes, sí; lo sabes, ó lo debías de saber, y de cierto lo supiste las primeras veces que la blasfemia salió de tus labios. Si después has contraído esa infernal costumbre, que ha convertido tu boca en respiradero del infierno, la culpa es tuya, y solamente tuya, pues tú eres el responsable de tus malos hábitos. El hombre que se precia de serlo, nunca debe hablar sin saber lo que se dice; nunca, nunca, mucho más cuando se trata de palabras que van disparadas como saetas venenosas contra el cielo. Lo contrario es confesar que se pierde el seso y la razón, y venir á decir de plano que la blasfemia convierte al hombre que la profiere, ó en un demonio que sabe lo que dice y blasfema, ó en un ser irracional que blasfema porque no sabe lo que dice. ¿Cuál de las dos cosas escoges?

— Bien sabe Ud. que yo no escojo ninguna. Ni irracional, ni demonio: quiero ser hombre honrado, y sobre todo buen cristiano, y le vuelvo á prometer á Ud. que he de hacer cuanto de

mi dependa para desarraigar una costumbre tan fea y tan perversa. Primero me arranco la lengua que emplearla tan mal como hasta aquí.

—Harás muy bien, y me confirmarás en la buena idea que tengo de tu inteligencia y de tu corazón. Sólo te ruego que si te queda alguna duda más me la expongas, para que veas claro en esta materia.

—Ninguna, y me doy por vencido con mucho gozo de mi alma.

—Pues para afianzarte más en tus buenos propósitos, voy á acabar de rebatir cuanto digan en su excusa los blasfemos. Porque quiero que, no sólo no lo seas tú, sino que sepas tapar la boca á los que hablan mal.

—Hasta con un bofetón si á Ud. le parece.

—Sería lo más ejecutivo, y ganarías indulgencias. Pero no se trata de eso; se trata de los que se excusan de otro modo diciendo, por ejemplo, que blasfeman de Dios porque todo les sale mal.

## VI

Trata el marqués de la locura de los que blasfeman porque dicen que todo les sale mal.



o los has oído?

—Mil veces, y yo mismo lo he dicho.

—Pues á los que se excusan así, que son muchísimos, les hablo yo de esta suerte. ¡Bonita manera para que todo te salga bien, provocar con palabras blasfemas la ira de Dios, que te oye y no te envía un rayo que te deje seco porque es muy bueno y tú muy bárbaro!

¿Crees que con esas jaculatorias vas á lograr que todo se te enderece y que todo te salga á pedir de boca? ¿Crees que todo depende de Dios? Sí; antes por eso dices que te irritas contra Él, porque no hace las cosas según tus deseos. ¿Y crees que maldiciendo su santo nombre, y tratándolo peor que al lodo de las plazuelas, vas á conseguir que Dios te trate mejor? ¿No comprendes que lo que consigues, amén de cometer un pecado horrendo, es que te castigue más y más?

Si cuando tú niegas pan á tus hijos ellos te ultrajasen con palabras soeces, inmundas ó inju-

riosas, ó te maldijesen del modo más vil é infame, ¿qué harías tú con ellos? ¿Les darías el pan que te pedían con *tan buenas maneras*? Un garrotazo que les rompieras las costillas ó algo más, y si no se lo dabas lo merecías tú por Juan Lanás y mal padre; que lo es, y muy malo, el que no castiga á su hijo si éste se desmanda.

Pues aplícate el cuento. Dices que Dios te trata mal, que no tiene compasión de ti, etc., etc. Sobre eso habría mucho que hablar, y de seguro que te trata á ti, á mí y á todos los hombres mucho mejor de lo que merecemos. Pero, en fin, sea así: Dios te trata mal. ¿Y crees tú que porque blasfemes de Él te va á tratar mejor? ¡Si te irá á cobrar miedo porque con tus baladronadas de blasfemo te atrevas á escupir al cielo! Por vida mía, que tales medios de aplacar la ira divina no son los más apropósito para el caso. Dios te castiga, te trata mal, como tú dices; pues humíllate, pídele piedad y perdón, arrepíentete y confiéstate de los pecados que te acarrean su justicia sobre ti, ponte en su gracia; es decir, hazte amigo suyo, y ya verás cómo entonces te trata bien, es decir, cómo levanta de sobre ti la vara de su ira, que tienes tan irritada con ese lenguaje infernal, capaz él, aunque más pecados no hubiese en el mundo, de traer dilu-

vio de males diariamente á la tierra. Lo maravilloso no es que Dios te trate mal hablando como hablas; lo incomprendible si no fuese infinita su misericordia, es que te deje hablar y no te dejemudo á ti y á todos los blasfemos como tú, que no conseguís que llueva sobre la tierra fuego del cielo porque hay lenguas que alaban á Dios en el mundo, y porque á Dios no le corre prisa castigar á nadie; porque nadie se le escapa; espera, porque tiene á su disposición una eternidad y un infierno.

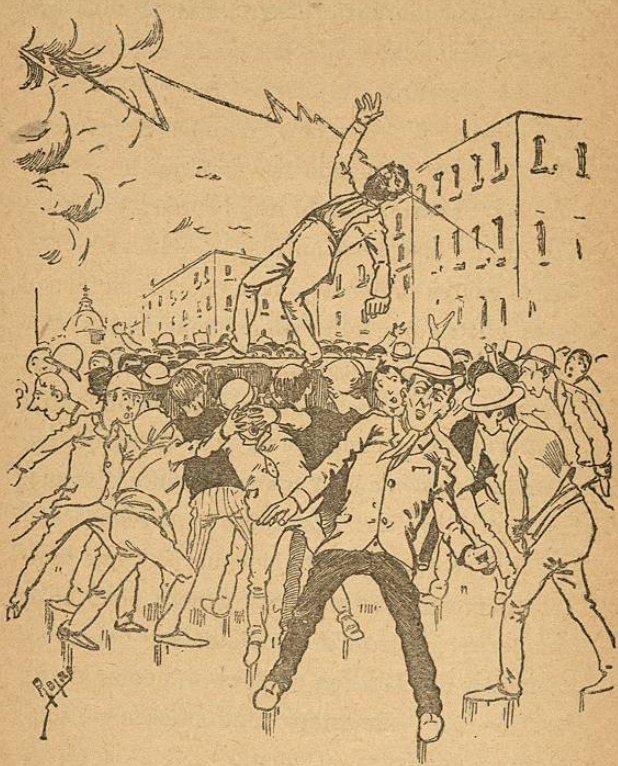
Por eso Dios no tiene prisa, y aguarda á ver si el pecador se convierte. Por lo demás, oye, mi querido Andrés, este caso histórico, y verás por él qué poco le costaría á Dios acabar con esos locos fanfarrones que desafían su poder, más locos que si una hormiga te desafiase á ti con sus injurias y bravatas.

No hace mucho tiempo (á fines de 1860), uno de estos blasfemos que se complacen en manchar con sus sacrílegas lenguas el santo nombre de Dios, cayó muerto instantáneamente en el acto de decir:

—*¡Ni Dios puede conmigo!*

Esta misma blasfemia solía repetir un carpintero, á quien por sus continuas bravatas y mala lengua llamaban el Tío Lenguarrón. Era

hombre de muchas fuerzas; pero aún tenía más orgullo que fuerza, y cuando había *cargado de lo tinto* más de lo regular, se le desataba la sin



El blasfemo herido por un rayo.

hueso de una manera espantosa. Aun cuando en el fondo era un Juan Lanás, contodo, se había picardeado mucho por efecto de las malas com-

pañías. Algunos otros camaradas suyos que pertenecían á sociedades secretas, y que por no trabajar se metían á gobernar el mundo cuando su casa iba harto desgobernada, abusaban de su credulidad é inexperiencia, emparentando con él á título de *primos*.

Juraban y blasfemaban á todas horas, y se burlaban de él cuando le veían que no echaba ternos, bravatas, palabrotas brutales y soeces, continuos insultos y amenazas. Generalmente, tales gentes suelen ser harto cobardes. Si son tres contra uno, aún suelen atreverse los tales *bocones*; si van cargados de armas contra uno desarmado, ó que conocen que es un pobre *mandria*, aún suelen hacer con él alguna *valentía*; pero mano á mano y frente á frente, eso no. *Perro ladrador, poco mordedor*.

Ello es que el amigo Lenguarrón, que tenía el talento en las muñecas y muy poco en la mollera, se hizo tan maldiciente y berreador como los pilletes con quienes se acompañaba.

Una tarde que estaba algo amoscado, soltó su acostumbrada blasfemia: *¡Ni Dios puede conmigo!* En el acto sintió una picadura de mosquito en la cara: sacudióse una guantada con toda su alma, pero el insectillo siguió zumbando. Su mujer, que estaba en el taller, se

echó á reir ; esto excitó la cólera del maldiciente, y ya iba á soltar otra palabrota de las gordas y sucias, cuando sintió otra picadura en la otra mejilla. ¡Zas! segundo bofetón. Cero y van dos. El músico seguía tocando el violín :

hy, hy, hy, hy,  
 di si te pico aquí ;  
 hy, hy, hy, hy,  
 ó si te pico allí.

Supongo que conoces esta armoniosa música, con que suelen los cínifes darnos alegres serenatas en las noches de verano, sin que nadie les pague y sin exigir propina.

La mujer, que había visto la *cara de vinagre* que había puesto su marido á la primera bofetada, no se atrevió á reirse á la segunda, y eso que le retozaba la risa en el cuerpo sin poderlo remediar.

Apenas habían pasado cinco minutos, cuando el musiquín llega muy quedito y le da otro picotazo en la punta de la nariz ; iba á sacudirse el tercer bofetón con toda su alma, pero se pudo contener á tiempo y para bien de sus narices. Mas aquí fué Troya : la mujer no pudo contener la risa. Lenguarrón necesitaba vengarse, y descargó sobre su mujer todo el peso

de su cólera y de sus puños. La pobre mujer convirtió la risa en llanto.

La cena fué triste, muy triste : la mujer no hablaba, y el carpintero, aunque conocía que había obrado mal, no quería confesarlo ; en su interior estaba arrepentido, pero un orgullo necio le impedía reconciliarse con su mujer. Acóstate de mal humor y principió á dar vueltas en la cama, y al mismo tiempo sintió escorzor en la cara : echó allí la mano, y volvió á sonar la música

hy, hy, hy, hy.

¡ Malditos sean los mosquitos, y el verano que los cría ! ¡ esto me faltaba !

Despertó á la mujer, y echáronse á buscar el mosquito ; pero éste, ú otro de su raza, seguía zumbando por toda la alcoba, con harta rabia del carpintero. Vuelta á acostarse, vuelta á las picaduras, á las manotadas y bofetones, blasfemias, volteretas en la cama ; y mientras Lenguarrón, sin poder pegar los ojos, tocaba la guitarra en su cara rascándose las picaduras, el músico de alcoba continuaba tocando su violín y el sempiterno y monótono

di si te pico aquí...

Para mayor rabia, la mujer roncaba como un bajón, mientras que el blasfemo, así que parecía ir á coger el sueño, sentía la picadura del insecto en la nariz, en las orejas, en la frente, en las manos y en el pecho. Ardía de rabia, tenía calentura. Parecíale un insulto que su mujer durmiera mientras él velaba; al cabo la hizo despertar.

—Tú roncas mientras yo no puedo pegar los ojos.

—Lo extraño mucho,—dijo la mujer con aspereza, viéndose despertada por segunda vez.—*¡Ni Dios puede contigo,* y ahora salimos con que no puedes con un mosquito!

—¿Y qué tiene que ver eso para que yo no duerma?

—Tiene mucho, porque te las apuestas con Dios, y Dios se burla de ti por medio de una cosa tan pequeña é insignificante. Yo recé mis oraciones antes de acostarme, y Dios me ha dado la calma y el reposo, mientras que te lo niega á ti, que te acostaste insultándole. Pero estás ardiendo y sofocado: pide perdón á Dios y reza siquiera un Ave María á la Virgen.

Lenguarrón se quedó pensativo; como los camaradas *devotos* no estaban por allí para burlarse de él si le veían rezar, se puso de ro-

dillas, hizo una corta oración, calmóse un poco, y, lograda aquella breve calma, volvió á la cama y consiguió coger el sueño.



El blasfemo y el mosquito.

Desde entonces no ha vuelto á soltar esa horrible blasfemia. Cuando la mujer le ve impa-

ciente y á punto de soltar alguna mala expresión, le dice por lo bajo: *Acuérdate del mosquito.*

## VII

Diserta elocuentemente el marqués sobre los blasfemos de chaqueta y los blasfemos de levita, y á unos y á otros les da su merecido.

**L**A última conferencia que sobre esta materia tuvieron el Marqués y el carretero fué jugosísima por extremo, y de su relato y substancia no podemos privar al lector curioso.

— Muy buenas noches, señor Marqués: aquí me tiene Ud. con ansia de oír sus palabras. No sé qué virtud tienen, que poco á poco van haciendo que mi corazón dé un vuelco tal que ya apenas me conozco. Hoy desearía francamente que no la echara Ud. también por la tremenda, y no me metiese Ud. de hoz y de coz más en los quintos infiernos, porque eso de la blasfemia me va causando tal horror que ni oír hablar de ella quisiera. ¡Yo escupir más horrores y desvergüenzas contra un Dios tan misericordioso y tan bueno! No, y mil veces no, y antes venga un rayo... Perdóneme el Señor, que yo no sabía lo que decía

— Eso les pasa á muchos, mi buen Andrés; pero la ignorancia en quien tiene uso de razón no puede en esta materia ser tal que quite el pecado, porque ni se puede ignorar que existe Dios, ni que la soez y maldita blasfemia lo injurie. Pero déjame que para instruirte mejor aún, y para que tú lo puedas hacer luego con tus amigos y compañeros, deja que te haga todavía algunas observaciones muy importantes, que nunca debes de olvidar, y que te deben hacer odiar más aún ese pecado estúpido, al mismo tiempo que horrible, que no es de hombres, sino de condenados; porque si cada individuo habla la lengua de su país, el que habla la lengua del infierno, que es la blasfemia, indica que aquella es su tierra, y que allí va ó irá á parar si no se confiesa y se convierte.

— Así es; sólo que no entiendo por qué dice usted que ese pecado es estúpido y horrible á la par. Si es estúpido, ¿cómo es pecado? ¿Los tontos tienen poder para pecar?

— Me place la observación, y á ella voy á responder ya que veo que, á falta de instrucción, que espero iras adquiriendo poco á poco, tienes una gran dosis de sentido común, y más aún de buena voluntad. Escucha, pues.

— Soy todo oídos, pero no se remonte usted



por las nubes, que soy carretero y no sé leer si las letras no son muy gordas...

—Es muy sencillo.

De todos los vicios, crímenes y pecados que deshonran nuestra sociedad, la blasfemia es lo más grosero, lo más irracional y el colmo de la imbecilidad. Lo vas á ver con ejemplos

Comprendo perfectamente que Miguel mate á Juan por venganza; aquellos que viven entregados al goce de las pasiones, dicen que no hay nada más sabroso que la venganza.

Concibo, ¡vaya si lo concibo!, que dos, cuatro, veinte hombres desvalijen un tren expreso y roben el dinero, alhajas y maletines de los señores viajeros, sin importarles un bledo la bandera que les cobije; en definitiva: los ladrones, que no suelen ser cogidos, hacen lo que se llama un buen negocio, y lo pasan menos mal los pobrecitos. El ladrón siempre busca su interés.

Sé que hay asesinos de profesión que gozan bañándose en la caliente sangre de sus víctimas, supuesto que *la ciencia* nos ha probado que existen lujurias de sangre, como existe la viruela negra y la bronquitis. La fiera, y hay hombres que lo son, se gozan en la sangre.

Nada extraño tiene tropezar con borrachos

más alegres que cascabeles, con incendiarios apasionados por las grandes luminarias, y con hipocondríacos ó envidiosos que recetan jicarazo de nicotina, ó media libra de cianógeno, ó un caldo preparado con cicuta, que son tres *filántropos* abastecedores de cementerio muy cucos.

Todo esto se explica y cabe perfectamente en el caletre humano, y otras cosas peores aún, porque el placer explica todos los pecados capitales, y el mundo, el demonio, y sobre todo la carne, no serían enemigos nuestros si no fuese porque nos sirven más ó menos para el placer.

Pero ¡la blasfemia! ¿Qué goce proporciona, qué peseta gana, qué pasión satisface? En un siglo en que todo se hace por dinero, dedicarse tantos y en tan grande escala á un delito que no proporciona ni una moneda de dos cuartos, parece increíble. No lo comprendo, y cuidado, querido Andrés, que los blasfemos hormiguean como gusanos sin número de inmenso muladar. Hombres, mujeres, niños, ancianos con blusa, con frac, peones, artistas, nobles, plebeyos, vomitan horribles frases que indican un refinamiento de imbecilidad tan crudo que hasta parece inverosímil salgan de una criatura humana dotada de razón.

—Ahora comprendo bien lo que me quería

usted decir antes. Ciertamente que si todos los pecados producen algo, éste no da de sí más que condenación á secas. Tiene Ud. mucha razón...

—Me decía un amigo, apreciable persona, con la inefable sonrisa de la santa gratitud:

—«Grite Ud. un poco más, que mi pasada enfermedad me dejó sordo.

—¿Y lo dice Ud. así, tan contento?

—Y mucho; ahora no oigo blasfemar.»

¡Qué elocuente, qué gráfica contestación!

Se blasfema por calles y paseos, en centros democráticos, en círculos de alto tono, en vagones de tercera y en coches de primera; blasfema el iracundo, el linfático, el nervioso, hablando de pesares y placeres, saludándose dos compinches, refiriendo una escena cualquiera, explicando el asunto más trivial; de modo que lo que se respira es una atmósfera de blasfemias que escandalizan al infeliz que vive sujeto al yugo de las necesidades de la vida, sin poder aislarse entre los pinares del bosque, que, menos civilizados é irracionales del todo, publican con sus perfumes, con sus flores y frutos la omnipotencia de Dios y su bondad.

Si la blasfemia no produce dinero, ni desahogos, ni comodidades de ninguna especie, ¿por qué se blasfema tanto? Este fenómeno, que

tal es, debo explicártelo con entera franqueza para que llegue á noticia de todos; y como á mí no me duelen prendas y acostumbro decir las cosas por su verdadero nombre, sepan bien ó sepan mal, colocándome en el punto más culminante del globo, y con voz de sochantre para que me oigan los blasfemos en masa, diré:

La blasfemia es hija legítima, consecuencia necesaria, fruto indispensable de la malicia más supina y brutal. Con esta vara mido á todos los blasfemos, presentes y ausentes: á todos los llamo ignorantes y brutales. A los blasfemos de levita y de chaqueta, al que blasfema en la cátedra y al que blasfema en medio del arroyo. No hay más diferencia sino que para mí es más criminal y culpable el blasfemo de levita que el de blusa, porque á éste le puede servir de alguna, muy poca excusa, su ignorancia, y al otro no.

Pasemos revista de clasificación á los blasfemos, que si se la pasáramos de limpieza no tendríamos bastante con las aguas del mar.

Blasfemos hay por costumbre: éstos pertenecen á la *noble* categoría de las máquinas; para ellos los tres dedos de frente no significan otra cosa más que una tira de pellejo con más ó menos vello, menos ó más agarrada, que cubre un simple puchero.

— Es decir, que son tontos...

— Di bárbaros mejor, muy bárbaros; pero con una barbarie que no excusa un pecado que es inexcusable.

— Hay blasfemos por necesidad: son aquellos cortos de meollo, á quienes en sus tísicas conversaciones suelen faltar frases y palabras, y, ¿qué hacen? Llenan sus vacíos con una caracolada blasfemia que á la boca les viene, y... su necesidad queda satisfecha. Son necios y bárbaros á la par.

Se nos presentan otros que despotrican para echarla de valentones, como quien dice: ¡aquí estoy yo! Para esa raza pestilente lo mejor es taparse las narices, porque huelen, y no á jazmín. Quieren meter miedo á Dios. ¡Valientes hipopótamos, que es el animal más grande que se conoce!

Vienen los blasfemos voluntarios, los que á sabiendas se complacen en escandalizar; éstos son los máximos propagandistas de la infame cizaña, los que, reconociendo su impotencia, alardean de un orgullo satánico para no doblegarse á la razón, que los llama pigmeos y ridículos.

Para unos y otros brotó de la sabiduría de los tiempos y edades aquella sentencia que

dice: « Quien al cielo escupe, de baba se llena. »

Para los primeros se grabaron en la memoria de los pueblos, de generación en generación, aquellas divinas palabras: « Padre, perdónalos, porque no saben lo que se dicen. »

### VIII

#### Último discurso del señor marqués de la Caridad, y conclusión de este diálogo.

**D**E todas las ofensas de Dios fué el marqués de la Caridad enemigo jurado, porque era católico de convicción y á machamartillo, y no católico vividor, falsificado y de conveniencia, como hay tantos. Pero, ¡ vamos!, eso de la blasfemia le sacaba de quicio, y lo ponía nervioso y lo irritaba de tal manera, que decía que sólo hubiera deseado ser Rey para imitar á San Luis de Francia, que mandó que á los blasfemos les herrasen los labios con un hierro candente.

— ¡ Qué autoridades católicas, — decía á cada paso el bueno del Marqués, — son éstas que permiten que así, públicamente y en todas partes y á todas horas, se ultraje del modo más soez, grosero y repugnante el santo nombre de Dios!